IRRUPCIÓN DE DIOS EN LAS VIDAS DE LOS HOMBRES

Rvdo. Juan María Tellería Larrañaga

Como hemos señalado más de una vez, y en diversos medios, la redacción actual del libro del Génesis, así como del conjunto de los libros del Pentateuco[1], evidencia una esmerada composición a base de tradiciones recopiladas muy peculiares, de épocas, lugares y fuentes distintas, cada una de las cuales aporta, además de ciertas narraciones de diversos géneros sobre los ancestros del pueblo de Israel, enfoques muy particulares acerca de Dios. No tiene, por tanto, nada de extraño la abundante variedad de imágenes divinas y teofanías que contienen las páginas del primer libro de las Sagradas Escrituras[2], y que obedecen a unos trasfondos no siempre accesibles a la investigación actual, pero sí impregnados de una profunda reflexión por parte de quienes les dieron su forma escrita definitiva, la que hoy leemos en nuestras biblias al uso.

Los grandes especialistas[3] afirman que el singular relato de Gn. 18, 1-15 es un ejemplo bien patente de cuanto acabamos de decir. Aunque en la redacción genesíaca actual pareciera introducir la historia de la destrucción de Sodoma y Gomorra, narrada en Gn. 18, 16 – 19, 29, con el folclórico y truculento informe acerca de los orígenes de moabitas y amonitas que leemos en Gn. 19, 30-38, lo cierto es que constituye una perícopa independiente en sí misma, un núcleo temático autónomo, vale decir, una tradición con rasgos propios, felizmente conservada y definitivamente plasmada por el (o los) redactor(es) del libro. Una simple lectura superficial del relato nos basta para comprender la intención del autor: transmitir el recuerdo de un particular encuentro con Dios vivido de forma muy intensa por el patriarca Abraham, padre de todos los creyentes, y que puede entenderse como paradigmático de los contactos de Dios con los seres humanos, o mejor dicho, de la irrupción de Dios en la historia de los hombres. Son cinco las ideas fundamentales que se deducen del texto y que exponemos a continuación:

La primera de todas es, expresada como principio general y clave de toda esta historia, EL PROTAGONISMO EXCLUSIVO DE DIOS EN LA NARRACIÓN SAGRADA. Quienes nos confesamos particularmente afectos a la llamada Teología de la Gracia, estamos avezados a la lectura de la Biblia en clave de soberanía divina absoluta, es decir, entendiendo que Dios actúa siempre conforme a su voluntad, sin verse condicionado ni constreñido por

---

[1] Lo mismo puede decirse de los otros grandes conjuntos histórico-literarios que hoy hallamos en el Antiguo Testamento, como la llamada Historiografía Deuteronomística (Josué – Jueces – Samuel – Reyes) o la obra del Cronista (Crónicas – Esdras – Nehemías). Algo parecido se puede afirmar de ciertos elementos destacados de la literatura profética y sapiencial, e incluso de los relatos narrativos del Nuevo Testamento.

[2] Afirmación que puede hacerse extensible, sin la más mínima duda, al conjunto del canon.

[3] *Cf.* VON RAD, G. *El libro del Génesis*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 4ª edición, 2008. La primera ve la luz en nuestro idioma en 1977.

fuerzas ajenas u hostiles, y siguiendo unos designios muy concretos que ha trazado desde antes de la creación del mundo. Sin necesidad de adentrarnos en discusiones bizantinas acerca de si el ser humano es libre o no para tomar decisiones que definan o modifiquen su destino eterno —lo cual suele conducir, por lo general, a laberintos de palabras y términos teológicos demasiadas veces incomprensibles, acumulaciones monstruosas de citas de textos escriturarios dentro y fuera de contexto, y como colofón, un mal humor innecesario por parte de sostenedores y detractores de cualquiera de las posturas en liza—, afirmamos con la sencillez del creyente cristiano de a pie que nuestro texto genesíaco, al igual que el conjunto de la Biblia, viene a subrayar que es Dios quien da el primer paso en su relación con los hombres, que es él quien señala y dirige con sus intervenciones la Historia de la Salvación, y que todo lo hace con un deseo firme y concluyente de redimir, de rescatar, de salvar al género humano. La soberanía divina que los relatos de la Biblia presentan como absoluta e incuestionable, lo es en tanto que manifestación de Gracia y misericordia para con los caídos. De hecho, nos resulta imposible, a la luz de las Escrituras, separar los conceptos de Gracia y soberanía: sin la una no puede existir la otra, de modo que aisladas se convertirían en conceptos vacíos, incluso absurdos. La tradición recogida en Gn. 18, 1-15, pues, nos introduce en una clara intervención soberana de Dios para beneficio de Abraham el patriarca y de todos aquellos que en siglos futuros constituirían —constituiríamos— su descendencia, física o espiritual, algo que viene de entrada especificado desde el primer versículo, cuando el hagiógrafo introduce al Señor con el nombre de *Yhwh*[4], el teónimo más importante de todo el Antiguo Testamento, que denota siempre misericordia y alianza[5].

La segunda idea, y como consecuencia lógica de la anterior, es que EL DIOS SOBERANO DEL UNIVERSO SE HACE PRESENTE EN LA HISTORIA DE LOS HOMBRES CUANDO NO SE LE ESPERA. A diferencia de los dioses de las mitologías paganas antiguas, cuyas intervenciones y manifestaciones podían ser provocadas por quienes tenían el monopolio de las ceremonias sagradas o la magia ritual, es decir, las castas sacerdotales, el Dios revelado en las páginas de la Santa Biblia se muestra siempre independiente de las presiones humanas. Ni siquiera los sacerdotes levíticos de Israel ostentaban el poder de forzar una teofanía o un oráculo para el pueblo. El único resquicio que le queda al hombre para interpelar a Dios solicitando su favor, es la oración, pero aun así, siempre

[4] *Jehová* en RVR60, *Yahveh* en otras versiones.

[5] Resulta harto interesante lo que afirma el Talmud en relación con este asunto. Leemos en el *Midrash Rabbá* sobre Éxodo 3:

> «Rabí Abba ben Mamel dijo: El Santo, bendito sea, dijo a Moisés: ¿Quieres conocer mi Nombre? Me llamo según mis actos. A veces me llamo *El Shadday, Sebaoth, Elohim, YHWH.* Cuando juzgo a las criaturas, me llamo *Elohim.* Cuando combato a los malvados, me llamo *Sebaoth.* Cuando retengo las faltas de los hombres me llamo *El Shadday.* Y cuando soy misericordioso para con los mundos, me llamo *YHWH*. Este nombre es el atributo (*middah*) de la misericordia, según se ha dicho: *YHWH, YHWH*, *Dios* (*El*: "fuerza"), *misericordioso y piadoso* (Éx. 34:6).»

reconociendo que la voluntad divina es soberana[6], de modo que cualquier petición respondida es un acto de pura Gracia, de pura misericordia, jamás un deber impuesto al Señor. Ello hace que los relatos bíblicos prodiguen narraciones, como la que ahora nos ocupa, en las que la presencia de Dios se hace realidad entre los hombres sin que pueda ser anticipada ni prevista, sin que nadie la solicite. Como se suele decir a niveles populares, "Dios no necesita permiso para entrar en casa de alguien". Más aún, se hace patente en los momentos más inesperados. Las tradiciones patriarcales del libro del Génesis lo demuestran con creces: aunque la redacción actual de las Sagradas Escrituras pareciera dar la impresión de que aquellos antepasados de Israel vivían en una atmósfera permanente de apariciones o teofanías, lo cierto es que, cuando leemos esos relatos entre líneas, especialmente a la luz de una sana crítica histórica, nos percatamos de que las vidas de aquellas personas transcurrían en medio de los ritmos marcados por sus sociedades, inmersos en la rutina de las duras labores propias de las culturas antiguas, con lo que las irrupciones de Dios en el decurso del tiempo suponían siempre una gran sorpresa y algo completamente ajeno a todo cálculo o previsión. Dios se introducía en la existencia de aquellas gentes como ha hecho siempre, como sigue haciendo hoy: sin ser anunciado ni esperado, actuando de manera completamente libre (*cf* Is. 65, 1). Pero no solo eso:

La tercera idea, que complementa perfectamente lo que acabamos de indicar, es que DIOS SE PRESENTA COMO MENOS SE LO PODRÍA ESPERAR, es decir, echando por tierra cualquier patrón lógico humano, por firme que pueda parecer. Nuestro relato de Gn. 18, 1-15 lo ejemplifica muy bien cuando nos dice, en primer lugar, que el patriarca estaba *sentado a la puerta de su tienda en el calor del día* (v. 1) y en segundo, que al alzar sus ojos y mirar, *he aquí tres varones que estaban junto a él* (v. 2). No son detalles sin importancia. Las palabras *el calor del día* son la traducción muy literal de una expresión que alude al mediodía, el momento en que el sol está en su zenit y cuando sus rayos caen perpendiculares a la tierra, de modo que las temperaturas alcanzan su gradación máxima. En el Medio Oriente hodierno llegan con gran facilidad a los 60º, y nada nos impide pensar que así debió ser también en tiempos del patriarca Abraham, con lo que nadie en su sano juicio viajaría o se desplazaría en esos momentos tan calurosos de la jornada. Aunque en nuestros días, especialmente en las zonas urbanizadas, las condiciones de vida de esa región del mundo han cambiado mucho por la influencia del estilo occidental, entre los beduinos y las gentes del campo, no obstante, sigue considerándose el mediodía un momento especial para retirarse y cobijarse del sol implacable, al igual que en la época cuando tuvo lugar el encuentro entre Dios y Abraham aquí relatado. Que en aquellas horas apareciera alguien caminando constituía un contrasentido total, una locura. Y que, además, la manifestación divina se hiciera por medio de *tres* individuos, no solo uno, revestía, por otra parte, una rareza extrema, algo de lo que no hay constancia alguna en el resto de las tradiciones

[6] *Hágase tu voluntad, como el cielo, así también en la tierra.* (Mt. 6, 10)

patriarcales. Aunque la narración posterior de la destrucción de Sodoma y Gomorra viene a desdoblar esas tres figuras, haciendo de dos de ellas mensajeros de Dios[7], y reservando la identidad divina para únicamente el tercero, no es tal la realidad de nuestra perícopa de Gn. 18, 1-15, de modo que, en su estado original, constituye un caso único de tradición según la cual Dios se muestra bajo la apariencia de tres individuos. Nada de extraño tiene, por tanto, que algunos Padres de la Iglesia vieran en esta singular escena una clara prefiguración de la Santísima Trinidad[8]. El patriarca Abraham debió quedar altamente sorprendido ante aquella singular teofanía. En honor a la verdad, nosotros también.

La cuarta idea que transmite el relato es que DIOS SE AMOLDA PLENAMENTE A LOS USOS HUMANOS SIN MERMA ALGUNA DE SU DIVINIDAD. Nos dice, en efecto, el v. 8 que aquellas tres misteriosas figuras aceptaron plenamente la hospitalidad que el patriarca les ofrecía, de modo que *comieron* de todo cuanto él les puso delante, conforme a las costumbres de la hospitalidad oriental. Quienes conocen bien la literatura clásica grecolatina saben que los dioses olímpicos se distinguen, entre otras características, por el hecho de que no comen la misma comida que los seres humanos, rasgo este que en ciertos relatos los pone en evidencia como divinidades, aunque deseen pasar ocultos. Su alimento es, según los poemas homéricos, la *ambrosía*[9], término que significa "inmortalidad", y su bebida el *néctar*[10]. Pero el Dios que se revela a Abraham, y que siglos más tarde sería llamado Dios de Israel, no tiene problema alguno en compartir la mesa de su siervo. Éxodo 24 nos narra la ratificación del pacto entre Dios e Israel en el Sinaí y nos presenta la por demás extraordinaria escena de un banquete ritual en lo alto del monte, en el que participan Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, hijos de este, y setenta de los ancianos del pueblo; las palabras del v. 11b son de por sí harto sugerentes:

Y vieron a Dios, y comieron y bebieron.

Comentando y explicando esta peculiar escena, el filósofo judío Martin Buber afirma en su libro *Moisés: el apocalipsis y el pacto*[11], que Dios ofreció aquel banquete a sus siervos y comió con ellos. Y finalmente, los Evangelios nos muestran a ese mismo Dios encarnado en la persona de Jesús de Nazaret, que no solo come y bebe con sus discípulos y seguidores, participando de sus banquetes y sus alegrías (Lc. 5, 29; Jn. 2, 1-2), sino que deja para siempre como sacramento del Nuevo Pacto la sencilla comida ritual de pan y vino a la que hoy llamamos Cena del Señor, Santa Cena, Eucaristía o Sagrada Comunión, según los usos y tradiciones (1 Co. 11, 23-26). Dios se amolda, se

---

[7] *Varones* (Gn. 18, 16.22; 19, 12.16) o *ángeles* (Gn. 19, 1).

[8] San Agustín de Hipona, por ejemplo, en su discurso *Contra Maximino* 2, 16, comenta este pasaje del Génesis y afirma:

"Vio a tres, y a uno solo adoró."

Lo mismo leemos en su *Sermón* 171.

[9] *Himno a Apolo* 123ss; *Himno a Démeter* 235ss; *Odisea* 5, 93ss y 199.

[10] *Ilíada* I, 598; XIX, 39.

[11] Edición de 1987. Vio la luz en 1958.

somete voluntariamente a las costumbres y usos humanos, no por fuerza ni necesidad, sino como una manifestación de su pura Gracia, de su amor para con nosotros. La razón es simple:

LAS IRRUPCIONES DE DIOS EN LA HISTORIA HUMANA TIENEN COMO FINALIDAD DISPENSAR BENDICIÓN Y VIDA. Tal es la quinta y última idea que entresacamos de nuestro texto. Gn. 18, 10a pone en boca de Dios la siguiente declaración:

> *De cierto volveré a ti; y según el tiempo de la vida, he aquí que Sara tu mujer tendrá un hijo.*

Sin duda, las mejores palabras posibles que podrían decirse a un oriental anciano y atribulado por su falta de descendencia, como era el patriarca Abraham a la sazón. Aunque los versículos que vienen a continuación relatan la manifestación de incredulidad de Sara ante el anuncio de su maternidad y la reprensión de Dios, no se trata de una historia con tintes oscuros, de castigo y destrucción, sino de restauración y vida[12]. Todas las tradiciones recogidas en los capítulos restantes del libro del Génesis, del conjunto del Pentateuco y del canon bíblico en su totalidad, vendrán a incidir en la misma idea. Incluso las manifestaciones divinas de juicio para con un pueblo ingrato, como era el antiguo Israel, pese a los subidos tonos sanguinolientos y las figuras atrevidas con que vienen descritas en la pluma de los hagiógrafos y los profetas[13], tienen siempre, y a la postre, un diáfano trasfondo de vida. El Dios revelado en las páginas de la Biblia, al contrario de las crueles divinidades del paganismo y —penoso es tener que reconocerlo— de la imagen tan sumamente distorsionada que se proyecta de él en ciertos medios cristianos actuales, se hace presente en el decurso de la historia humana para dispensar a los hombres un nuevo rumbo, nuevos horizontes, que llegarán a su plenitud en el Nuevo Testamento, con la manifestación definitiva de la salvación en la persona y la obra de Cristo.

Ponemos, por lo tanto, el punto final a nuestra reflexión sobre Gn. 18, 1-15 retomando lo que habíamos dicho al principio: es un relato, como suelen ser los relatos bíblicos, que rezuma Gracia y misericordia. Es decir, compuesto para transmitir una tradición muy antigua, en principio, pero también para vehicular esperanza. De ahí que, pese a sus tonos y figuras propios de un mundo muy antiguo, un mundo que hoy ya no existe, siga mostrando frescura y actualidad. Finalmente, los hombres seguimos necesitando

---

[12] Ha llamado poderosamente la atención de algunos comentaristas que Dios no reprenda con mayor severidad la doble insolencia de Sara: por un lado, su risa incrédula ante el anuncio de su gestación y próxima maternidad (Gn. 18, 12), y por el otro, su obstinada negativa de haberse reído, motivada por el temor (v. 15). En realidad, las tradiciones patriarcales, pese a su enorme antigüedad (que no "primitivismo"), transmiten una imagen de Dios y una atmósfera mucho más cercanas a nuestra sensibilidad cristiana que la que hallamos en muchos pasajes del resto del Antiguo Testamento.

[13] Nunca se debe perder de vista que los autores de la Biblia fueron, además de siervos consagrados a Dios, grandes maestros del lenguaje poético en sus idiomas respectivos, con lo que los cuadros que pintan sobre los juicios divinos, además de un profundo significado teológico, revisten unas formas literarias que han de ser entendidas (¡y saboreadas!) como tales.

que ese Dios Trino que se presentó ante Abraham al calor del día, se manifieste en nuestras vidas y que su amor para con nosotros sea una realidad incuestionable.